



**EDICIÓN REVISADA  
Y ACTUALIZADA**

# messi

**GUILLERM BALAGUÉ**

**LIBROS CÚPULA**

**guillem BALAGUÉ**

# **messi**

**EDICIÓN REVISADA Y ACTUALIZADA**

**LIBROS CÚPULA**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Guillem Balagué, 2014, 218

Directora del proyecto: Maribel Herruzo

Edición: Miguel García Vega y Maribel Herruzo

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de la cubierta: Quality Sport Images/Getty Images

Primera edición: marzo de 2014

Edición revisada y actualizada: junio de 2018

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2445-1

Depósito legal: B. 7.496-2018

Impresión: Romanya

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

Introducción: Pasando el Rubicón, 9

### PRIMERA PARTE: EN ROSARIO

1. «Patéala, Leo.» Pero no, 25
2. Esperando a Lio, 45
3. Adiós, Lio, 59

### SEGUNDA PARTE: EN BARCELONA

1. Aterrizando en Barcelona. Bueno, en Rosario.  
O sea, en Barcelona, 69
2. Haciendo camino, 83
3. Campeonando, 105
4. Frank Rijkaard, el ascenso, 125
5. Frank Rijkaard, la caída, 151
6. Messi no es un genio nato. Nadie lo es, 173
7. Mate amargo, 191

### TERCERA PARTE: EN LA CUMBRE

1. Con Pep. Por Pep. Por Leo, 217
2. ¿Hacia dónde va Leo?, 267
3. (La que tenía que ser) La copa del mundo. 301
4. Del mundial de Brasil al de Rusia: llegó la madurez, 317

Apéndice para el capítulo 2,

«esperando a Lio», de la primera parte, 341

Bibliografía, 343

Agradecimientos, 347

Biografía 351

1  
«PATÉALA, LEO.» PERO NO

Cada domingo, tonto el último. Leo llegaba cuanto antes a casa de su abuela Celia y, en el asfalto frente a la residencia, hacía unos rondos con sus hermanos Rodrigo y Matías, aunque no le llamaran así. O se competía a fut-tenis. Hasta que llegaban los primos, Maxi, mayor, y Emanuel, chico como él.

Esta piedra y esta hacen de arco. A seis goles. Ahí se iniciaba el «picadito».

La abuela, con la ayuda de sus hijas Celia y Marcela, preparaba la pasta que luego iba a servir con salsa. Los maridos, Jorge y Claudio, y el abuelo Antonio, charlaban en el sofá del pequeño comedor. O fuera, en la calle, echando una ojeada a los chicos. «Cómo la toca éste», «te fijaste la gambeta de Emanuel», «Leo, con lo chico que es y lo que cuesta sacársela». «Buena, Maxi, buena», podía gritar Jorge, quien, hasta el servicio militar, jugó en las inferiores del Newell's Old Boys.

«¡A comer!» La orden no se cumplía a la primera.

Se comía a toda prisa. Había que salir cuanto antes con el balón bajo el brazo, deshaciéndose en la boca todavía el dulce de leche, los cinco chavales camino de la plaza del barrio de La Bajada.

Y ahí se acababa lo que se había dejado a medias, o se empezaba otro partido a seis. A muerte, otra vez. Cuatro horas, a veces más. Se iban pelando por el asfalto.

Nunca salían partidos desiguales. A veces los mayores, Rodrigo, nacido en 1980, Maxi, de 1984, y Matías, de 1982, retaban a los peques, Leo, de 1987, y Emanuel, de 1988, que era buen portero. Ni así. Se repartían las patadas más bravas, nada que ver con las que se encontraban a veces en los partidos de las inferiores. Eran peores. A Leo, a Emanuel, se los sacudía de impotencia. Especialmente a Leo. «Matías, hombre, cuidado», debía avisar Jorge.

Y Leo corría como pollo descabezado detrás del balón, lo quería y luego no lo soltaba. Las venas hinchadas, la cara roja como un tomate maduro, así lo recuerda su tío Claudio. Y cuidado que perdiera. Empezaba a llorar y armaba un quilombo. Quería pegar a quien fuera que jugaba en su contra. Así que había que seguir hasta que ganara.

«Terminábamos mal, siempre peleados. Aunque ganáramos nosotros, mi hermano me fastidiaba igual porque sabía que me calentaba. Siempre terminábamos mal, yo llorando y recaliente», contó Leo a la revista argentina *El Gráfico*.

A menudo los desafíos eran barriales. Los partidos que acababan en la placita junto a la casa de la abuela podían ser contra cualquiera. Y los Messi-Cuccittini nunca perdían. Lo cuenta Matías: «Al principio no nos querían dejar jugar porque Leo era muy chiquito y Emanuel también, pero terminaban felicitándolo. Leo tenía nueve años y jugaba contra pibes de dieciocho o diecinueve y no lo podían parar».

Rodrigo fue fichado a los once años para los infantiles del Newell's tras haber militado, como todos los Messi, en el Grandoli.

Matías fue defensor del Newell's en sus categorías inferiores durante un año y prefirió no seguir. Pero insistió con el fútbol años después y jugó hasta los veintisiete años.

A partir de que Leo se fuera a Barcelona las comidas de los primos fueron menos habituales. Y los «picados» se fueron perdiendo. Los niños se hicieron mayores, la vida los separó.

La abuela Celia murió cuando Leo tenía diez años.

\*\*\*

Un río, el espeso Paraná, el Monumento a la Bandera, dos grandes clubes. Su gente. Eso es Rosario para el visitante.

Rosario está a trescientos kilómetros de Buenos Aires, a tres horas por una carretera recta que corta un enorme valle. Parece alejada del mundanal ruido, aislada, un pequeño país con su orgullo (no son de la provincia de Santa Fe, sino rosarinos) y su derbi, leprosos contra canallas, Newell's Old Boys contra Rosario Central, la mitad más uno de los habitantes de la ciudad contra la otra mitad más uno.

Leo es leproso, como admite en el *Corriere della Sera*: «Sí, claro. Los de Newell's se llaman así porque hace un siglo fueron invitados a un partido de beneficencia para los enfermos de lepra. Y aceptaron. Los del Rosario se negaron. Desde entonces ellos son canallas».

De Rosario, puerto fluvial que se mueve a la velocidad de un pueblo, proceden el Che Guevara, Fito Páez, el Negro Fontanarrosa, Marcelo Bielsa, César Luis Menotti... retadores de lo establecido. Y miles de millares de inmigrantes europeos. Aquí nacieron también algunos símbolos: en Rosario se izó por primera vez, en 1812, la bandera celeste y blanca, diseñada así para distinguirla de la de las tropas españolas a las que combatían.

No se ven muchas camisetas de fútbol, ni de Central ni de Newell's, tampoco de la selección, pero hay canchas en todas partes, en algunas zonas casi cada dos cuadras. Se juegan cinco o seis ligas y los mismos jugadores se ven en varias: acabas un partido, coges la moto y te vas a otro de otra liga. En Rosario, el que no es futbolista, es coordinador, entrenador, árbitro, lo que sea. Incluso ellas.

«Es diferente a otras ciudades por su pasión única por el fútbol y la cultura —cuenta Gerardo Tata Martino, exentrenador del Newell's y del Barcelona—. La zona aledaña a la ciudad es una usina [factoría] generadora de talentos que tiene en Rosario el objetivo central de sus sueños de fútbol. Son chicos “bien comidos”, como decimos por aquí, y con una enorme pasión por el fútbol. Por eso la cantera rosarina es tan importante y en ella se han forjado estrellas como Valdano, Batistuta y una interminable nómina en la que Messi es la guinda del postre.»

Podría haber nombrado también a Mario Alberto Kempes, Abel Balbo, Roberto Sensini, Mauricio Pochettino y tantos otros. De hecho, diez de los futbolistas habituales de Alejandro Sabella durante la fase de clasificación del Mundial de 2014 son de Rosario, entre ellos Javier Mascherano, Ever Banega, Ángel di María, Ezequiel Lavezzi, Maxi Rodríguez, Ignacio Scocco, Ezequiel Garay... y Leo, claro.

En Rosario surgió la «Iglesia Maradoniana», devota de Diego, al que consideran el más grande de la historia y en cuyo honor celebra una ceremonia pagana cada 30 de octubre, fecha de su cumpleaños. Maradona tuvo un fugaz paso por Newell's en 1993. Leo estuvo en su debut.

Fútbol es vida en Rosario, y vida es fútbol. Y el espíritu de la ciudad se refleja en un gol marcado el 19 de diciembre de 1971, el más festejado de

la historia según el Libro Guinness de los récords. Más de cuatro décadas después, la Organización Canalla para América Latina se reúne cada 19 de diciembre en el césped del estadio del Central para festejar y recordar la palomita que Poy convirtió en gol contra el eterno rival en un partido histórico para el club.

Eso es Rosario. Eso es fútbol. Messi no surge de la nada. Tampoco lo hicieron Alfredo Di Stéfano o Diego Armando Maradona. Quizá no se trate de un gen argentino, pero los tres nacieron en un país en el que el fútbol te lleva todos los días a la gloria grande (la fama, el dinero) y la pequeña (el reconocimiento de todos).

Se respira fútbol por todos lados en Rosario, pero curiosamente huele muy poco a Messi. Apenas hay imágenes ni publicidad con Leo. Todo el mundo tiene una historia de la Pulga, pero la ciudad parece no querer regodearse.

Aunque, para Leo, Rosario sí lo es todo; su lugar de origen, de donde procede todo y todos, o lo más importante. Cuando se le pregunta cuál es su recuerdo favorito, no duda: «Mi casa, mi barrio, donde yo nací».

\*\*\*

Los Messi vivieron durante décadas en una casita de un barrio a cuatro kilómetros al sudeste del centro de Rosario que unos llaman La Bajada, otros Las Heras y algunos dicen que no tiene nombre. Es de esos distritos de casas bajas y puertas abiertas, donde se oye cumbia y los niños juegan sobre el asfalto porque apenas pasan coches. Donde el reloj parece detenido. En ese refugio de trabajadores de ritmo pausado, en el número 525 de la estrecha calle Estado de Israel, antes Lavalleja, al final de un laberinto de calles de poco recorrido, que parecen iguales, casi en la esquina, justo ahí está la casa que levantó el propio Jorge Messi.

Su padre, Eusebio, es albañil de profesión y Jorge aprendió a hacer de todo. Los dos Messi aprovechaban los fines de semana para poner ladrillo sobre ladrillo en un terreno de trescientos metros cuadrados adquirido por la familia. Fue casi siempre de una planta, como el resto de la calle, y con un patio trasero donde se jugó a todo y cuyo muro asomaba a la casa de Cintia Arellano, de la misma edad que Leo, su mejor amiga.



Hoy la calle ha mejorado el asfaltado, el alumbrado, el alcantarillado, y la casa tiene una segunda planta, una cerca que no tienen las otras y una cámara de seguridad. Pero casi siempre permanece cerrada.

En esa casa vivieron Jorge Messi, Celia Cuccittini y sus cuatro hijos. Era, como reconoce Leo al *Corriere della Sera*, «pequeña. Una cocina, una sala de estar, dos dormitorios. En uno dormían mi papá y mi mamá, y en el otro yo y todos los demás hermanos».

La calle de Leo se encuentra a doscientos metros de un terreno irregular vallado, con césped duro y salvaje donde se juega al fútbol; al lado queda el quiosco en el que trabajó Matías cuando Leo ya estaba en Barcelona, junto a la casa que perteneció al propio Matías y que éste regaló hace un tiempo a un familiar. Subes y por ahí quedaba Grandoli. La abuela Celia vivía aquí al lado y, un poquito más allá, los primos. Y por ahí cerca están todavía los abuelos paternos, doña Rosa María y don Eusebio Messi Baró, que a sus ochenta y seis años, abandonada la construcción, se levanta por la mañana para abrir la modesta panadería que instaló en una habitación de la casa en la que residen desde hace cincuenta años.

Todo empieza y acaba en el barrio. La familia es el abono fértil sobre el que crecen todos los Messi y todos los Cuccittini. Leo siente devoción por todos. Sobre todo por la madre: tiene tatuado el rostro de Celia en la espalda.

De ahí son también los mejores amigos de Leo, con los que se junta todavía. Para Messi, Rosario, La Bajada o como quiera que se llame, son las raíces, la infancia, «la verdadera patria del hombre» que diría Rilke. El escenario al que quiere volver —al que regresa constantemente— y del que no se hubiera ido nunca; el paraje que ha recreado en Barcelona para que todo se le haga más ligero.

Por eso vuelve a su ciudad cada vez que puede. Ahí vive su madre la mayor parte del tiempo, dos de sus hermanos, donde su padre pasa temporadas. Allí se escapa cuando hay un parón suficientemente largo, en algún momento del verano, en Navidad. Ya no se le ve tanto en el barrio desde que compró una propiedad mayor a las afueras, pero se le puede encontrar por Rosario o alrededores, como cuando en el verano de 2013 lo descubrieron en un supermercado con un carrito lleno de madalenas, vinos y grisines (panes). Ese día le tocó hacer la compra y, descubierto pese a la capucha, posó para unas cuantas fotos.

También la novia —ahora su esposa— es rosarina. A Antonella Roccuazzo, prima de su mejor amigo Lucas Scaglia, la conoció cuando tenía cinco años. Hoy es la madre de Thiago, Mateo y Ciro, pero todo pudo ser diferente: Antonella y Leo dejaron de verse durante un tiempo cuando él era solamente un chaval que quería llamar su atención y ella una niña que no se dejaba engatusar.

Fíjense: Roccuazzo, Scaglia, Messi y Cuccittini, el segundo apellido de Leo. Son nietos y bisnietos de emigrantes italianos que llegaron a Rosario procedentes de Recanati y Ancona. Lionel también tiene sangre española. Rosario atrajo a los europeos, mayormente de España e Italia, que llegaron a ser la mitad de la población en las primeras décadas de la ciudad. Una bisabuela de Leo, doña Rosa Mateu i Gesé, procede de Blancafort de Tragó de Noguera, un rincón de los Pirineos de Lleida; emigró a Argentina de niña. Cruzando el océano, conoció a un caballero de Belcaire d'Urgell, José Pérez Solé. Cuando uno se marcha de casa, las nuevas relaciones nacen fuertes y duraderas, son la boya del emigrante, y ése es el verdadero Nuevo Mundo, las bases de la nueva vida. Rosa y José reconocieron esa necesidad y se apoyaron: se casaron en Argentina y tuvieron tres hijas: una de ellas Rosa María, esposa de Eusebio Messi, padres de Jorge Messi.

La familia Messi-Pérez se instaló en el barrio de Las Heras. Cerca de allí vivían los Cuccittini Olivera, padres de Celia, también de ascendencia italiana. Surgió el amor entre Jorge y Celia, y no perdieron el tiempo: con quince y trece años identificaron lo que les ocurría y no lucharon contra ello. Cinco años después, a la vuelta del servicio militar de Jorge, se casaron.

Se plantearon ir a vivir a Australia, pero finalmente prefirieron quedarse en el barrio de sus padres. ¿Hubiera sido futbolista, o estrella del fútbol, un Leo australiano? Celia trabajó durante años en un taller de bobinas magnéticas y Jorge hizo de todo cuando se inició en el mundo laboral: tornillos en un taller metalúrgico desde las seis de la mañana o cobrador de mensualidades de un instituto médico puerta por puerta. Sabía que, para mejorar y asegurar el futuro de la familia, debía prepararse bien: no salió lo de convertirse en futbolista tras cuatro años en el Newell's Old Boys de chico, así que se puso a estudiar por la noche, de cinco a nueve, para ser técnico químico. Le costó ocho años acabar la carrera. Tenía veintidós años y las prioridades en orden: sabía que el esfuerzo tenía su recompensa.

Jorge ingresó en Acindar, uno de los principales productores de acero plano de Argentina, en 1980, el año del nacimiento de su primer hijo, Rodrigo. La fábrica, en Villa Constitución, estaba a cincuenta kilómetros de Rosario. Se alentaba la competitividad y Jorge fue adquiriendo responsabilidades hasta alcanzar el cargo de gerente. El sueldo daba para mantener sin penuria una familia de tres. Incluso de cuatro: Matías llegó en 1982. «Mi papá —dice el segundo Messi Cuccittini— era obrero; nunca nos faltó nada, pero siempre como ahora, humilde. Siempre la peleamos, mi viejo, mi vieja... y todos los hermanos pudimos estudiar bien, en las mejores escuelas. Nunca nos faltó nada.»

O como contó Leo al *Corriere della Sera*: «La nuestra era una familia modesta, pero no pobre. Honestamente, nunca nos faltó nada».

Existe una idea universal y equivocada sobre el origen de los futbolistas argentinos: en aplastante mayoría provienen de lo que allí se denomina clase media y en Europa Occidental clase obrera. Lo mismo que los Messi. No hay demasiados casos de jugadores que salgan de familias sin recursos y hayan tenido éxito en el fútbol argentino. Al menos, desde que Maradona, de villa de Fiorito, al sur de Buenos Aires, irrumpiera en la Argentina de los setenta.

Lo habitual es que quienes son pobres de verdad no lleguen a probarse en los clubes, por falta de contactos, o por escasez de recursos que les impide viajar a los entrenamientos, comprar ropa, estar debidamente alimentados o entrar en una escuela de fútbol con sus gastos correspondientes. Sin ese último paso, casi nadie se convierte en profesional. Y quienes lo consiguen no suelen tener continuidad por falta de una estructura familiar potente, por vivir en villas donde no se alienta la disciplina o el sacrificio, donde la droga los distrae. Son muy raros los casos de profesionales de la pelota de origen pobre como René Houseman (Mundial'78), Maradona, Carlos Tévez, tal vez Ezequiel Lavezzi o el Chipi Barijho. Pocos más.

Los futbolistas argentinos son, en general, de clase media, un segmento de sociedad que, en la última década del siglo xx, iba a experimentar la dificultad de enfrentarse a una inflación salvaje. Con el mismo dinero, se podían comprar cada vez menos cosas. Argentina dejó de crecer.

Daba miedo imaginarse el futuro más inmediato.

\*\*\*

A Argentina le estaba cambiando la cara. En 1982, la guerra de las Malvinas intentó desviar la atención del continuo, progresivo y desastroso plan económico de la junta militar que gobernaba el país. La tensión social era palpable y la inflación, imparable. Morían argentinos y esperanzas. Pero el fracaso militar en las Malvinas universalizó la indignación y se convirtió en el golpe definitivo que iba a derrocar al régimen. En diciembre de 1983 Argentina recuperó la democracia.

Cuatro años después, el país se encontró al borde de la guerra civil tras el alzamiento de un grupo de jóvenes oficiales —los carapintadas— bajo el mando del coronel Aldo Rico. En los meses siguientes, los argentinos salieron a la calle a defender la democracia, en busca de mejoras salariales y de una política económica más justa. Pese a ello, el presidente Raúl Alfonsín cedió ante la presión y aprobó la Ley de Obediencia Debida, que exoneraba a muchos militares de rango medio y bajo de sus crímenes. Hasta quince artefactos explosivos crearon el caos en varias ciudades, también en Villa Constitución, cerca de la fábrica donde trabajaba Jorge Messi: era la banda sonora de los argentinos avergonzados que no querían aceptar ni la obligación de olvidar el pasado negro ni el chantaje militar.

El 24 de junio de 1987, en medio de la crisis política y económica, casi un año después de que Maradona levantara la Copa del Mundo en México, nació Lionel Andrés Messi. Tras un susto.

Aunque se temió que fuera necesario provocar el parto con un fórceps porque se advirtió un sufrimiento fetal agudo, Leo acabó por nacer de modo natural, sólo un poco más colorado de lo habitual y con una oreja doblada.

El tercer hijo de Celia Cuccittini, veintisiete años, y Jorge Messi, veintinueve, vio la luz en la Clínica Italiana de Rosario, pesó 3,600 kilos y midió 47 centímetros.

Leo. Lionel. ¿Leonel? Así decidieron llamarle. Pero no fue Lionel Richie la inspiración, como cuenta la leyenda, aunque el cantante, que gustaba en casa de los Messi, estaba de moda.

Jorge acudió al registro civil tras acordar que Leonel iba a ser su nombre. Sonaba bonito, pero no del todo. Al llegar preguntó si había otro nombre que pudiera utilizarse: no quería que a su hijo le llamaran Leo. La lista incluía Lionel, que era como se decía en inglés. Le gustó y así lo regis-

tró. Hubo tormenta en casa porque eso no era lo que se había decidido. Y a Jorge le castigó, en parte, el destino: casi todo el mundo, y eso es mucha gente, llama Leo a su hijo. Aunque en Argentina quedó Lio.

Lio empezó a andar con nueve meses y a menudo perseguía el balón de fútbol que tenían sus hermanos en casa, más atraído por la pelota que por los dibujos animados. A los pocos días de aventurarse a dos miembros, se atrevió a salir a la calle. La puerta de entrada solía quedar abierta, no pasaban coches; era ese tipo de barrio.

Pasó una bici y lo arrolló.

Lio lloró, claro, aunque no parecía haberse hecho daño. Mientras dormía, el pequeño hacía ruiditos. Tenía el brazo hinchado. Más que eso: fisura del cúbito del brazo izquierdo fue el diagnóstico del hospital. Primeras señales de un cuerpo débil. Y de una resistencia al dolor extraordinaria.

Toda la familia es leprosa, menos el más rebelde, Matías, que es del Central, así que en su primer cumpleaños cayó una camiseta del NOB. Y en el tercero, un balón con rombos rojos.

«¡Cuídenle!», gritaba su madre cuando con cuatro años salía a jugar «picaditos» con los mayores. «Mi mamá me dejaba salir a jugar al fútbol, pero, como era el menor de todos, siempre se ponía a un lado a mirarme por si me ponía a llorar. Eso me marcó mucho», contó Leo en la revista colombiana *Soho*.

En la cama, Leo no descansaba bien si no sentía cerca el balón, a los pies normalmente. Y se desesperaba si se lo quitaban mientras dormía. La pelota era para él como el pan en la comida, siempre presente. Cuando su mamá lo enviaba a hacer compras, Leo iba con el esférico. Si no, no iba. Y si no tenía uno disponible, lo montaba con bolsas o medias, lo que tuviera al alcance. «Leo salía de casa con el balón, vivía con el balón y dormía con el balón. Sólo quería el balón», recordó Rodrigo Messi en un vídeo durante la gala de entrega del Balón de Oro 2012. Jorge insiste en que hacía otras cosas con sus amigos, montaba en bicicleta, jugaba a las bolitas [canicas], o a la Play con los vecinos, miraba la tele. Era un chico normal, repite. Pero, como reconoce en la revista *Kicker*, «desde que tuvo uso de razón, siempre con la pelota».

Jorge, que mostró dotes de centrocampista con visión de juego en las inferiores del NOB, reconoció a Ramiro Martín, en el libro *Un genio en la escuela del fútbol*, que, un día, Leo sorprendió a todos.

«Fue durante un rondo que estábamos haciendo con todos mis hijos en la calle... Mi hijo Rodrigo llevaba la pelota en los pies y Leo estaba en el medio, persiguiéndola. En un momento se lanzó a los pies de su hermano y se la quitó. Todos nos miramos, sorprendidos. Nadie le había dicho cómo se hacía eso. Le salió naturalmente.»

En *El Gráfico* Jorge admitió que «a los cuatro años ya notamos que era distinto. Hacía jueguitos y dormía la pelota en la punta del botín. No lo podíamos creer. Un poquito más grande, jugaba con los hermanos, que le llevan siete y cinco años, y los bailaba. Es un don, es algo que nació con él.»

Aquel pequeño, que crecía callado, que pasaba el tiempo en casa o donde su tía Marcela o en lo de su abuela, al que «sólo le gustaba el fútbol», como recuerda su amiga y vecina Cintia Arellano, empezó a llamar la atención muy pronto en la estrecha calle Estado de Israel. Cintia, nacida mes y medio antes que Leo, compartió con él el jardín y la primaria, y se sentaba a su lado en las aulas o detrás de él si había examen. Con Cintia, el Piqui hablaba más. «Sí, lo apodaban así. Un día un chico le gritó “Piqui, vení”, y le quedó», recuerda su mejor amiga, hoy licenciada en Psicología y maestra de niños con deficiencias.

«Lionel era chiquitito, siempre andaba descalzo por acá y jugaba a la pelota —cuenta Rubén Manicabale, vecino—. Muchas veces le metíamos medio bronca y lo agarrábamos y lo tirábamos al suelo y él se levantaba y seguía jugando.»

Estaba claro que Leo tenía algo especial. «Era un iluminado de Dios. ¿Viste cuando uno dice: “Éste va a ser así”? Él es futbolista desde que nació», cuenta la madre de Cintia, Claudia, que en ocasiones cuidaba de Lionel cuando su madre estaba fuera.

«Se jugaba con una pelota número 5, así de grandota, que picaba por todos lados, y él la controlaba con toda normalidad —recuerda su hermano Matías—. Era algo muy lindo, tenías que verlo y, el que lo veía por primera vez, lo iba a ver siempre.» El balón, que le llegaba a la rodilla, parecía pegado a su bota izquierda, nunca muy lejos, pequeños toques que le permitían mantener el control, golpecitos ligeros con la punta del pie, la pelota siempre a ras de suelo, evitando que un gesto técnico erróneo le diera a la rodilla o la tibia y se le fuera lejos, donde los mayores podían recuperarla.

Tenía una extraordinaria coordinación, una estatura que le ayudaba a controlar el balón, velocidad, se retaba con chicos mayores y destacaba. ¿Don divino, puro talento? Habrá tiempo de discutirlo.

Además, era un gran competidor. Mejor dicho, muy competitivo. O mejor todavía: tenía un carácter bravío y no le gustaba perder. Llegaba a menudo a casa con una bolsa llena de canicas que había ganado en la calle. Las contaba y, si alguna vez faltaba una, se ponía hecho una fiera.

—Leo (a *El Gráfico*): Una vez me peleé con mi primo en su casa, estaba mi abuela también. Terminaron todos en mi contra, me echaron y no me dejaban entrar. Entonces empecé a tirarle piedras al portón y a darle patadas.

La fiereza no se puede disimular; si se tiene, se tiene, y sale a enseñar los dientes de vez en cuando.

\*\*\*

La canchita del Club de Fútbol Grandoli está rodeada de monobloques de estilo soviético, de ciudad dormitorio, de barrio periférico y humilde, ahora peligroso y duro, dicen algunos. Si se mira con atención, entre los edificios, se pueden ver los barcos que van río abajo desde el puerto. El campo es de pura tierra con jirones verdes en las bandas, el único lugar por el que no corren los críos. Los altos bloques parecen acechar, como gigantes sin aspas, a los pequeños jugadores, críos de cinco, seis, siete años, y algunos más mayores, hasta doce. Un portón turquesa oxidado flanquea la entrada, y una alambrada desigual rodea el campo para evitar balones fuera. Cuelga un cartel que dice «Lavar aquí los botines». La tribuna tiene sólo tres escalones y en la segunda fila se sientan algunos padres y la abuela Celia, que ha venido de la mano del pequeño Lio a ver a su nieto Matías. Rodrigo, que también había vestido la camiseta rojiblanca del Grandoli, juega ahora en las inferiores de Newell's.

Lio anda pateando un balón contra la pared.

El grupo lo lleva Salvador Ricardo Aparicio, un tipo flaco y sereno con cuatro décadas en el fútbol formativo. Aquel día falta uno para que la categoría de 1986 pueda jugar un partido de siete, como corresponde a esa categoría benjamín. Salvador espera por si aparece uno más.

«Ponlo a él, ponlo a él», dice Celia refiriéndose a su nieto.

«Es demasiado pequeño, mujer. Le pueden hacer daño», le contesta Aparicio.

«Ponlo, ponlo», insiste Celia.

«Yo te lo pongo acá. Si vos ves que llora o se asusta, lo sacás. Abrís la puerta y lo sacás.»

El míster lo pone, aunque tiene un año menos que los demás. Sale el renacuajo. La pelota, cuando se le acerca por primera vez, parece más grande que él.

Y pasa lo que tiene que pasar, lo normal.

El balón le llega a la pierna derecha. Lio lo mira y le pasa de largo. El chiquito ni se mueve.

Aparicio alza las cejas, nada que no esperara.

Leo recibe un nuevo pase. La pelota le llega esta vez a su pierna izquierda; en realidad, le pega en la pierna. Pero da dos pasos y la acomoda, la controla. Y con pequeños toques inicia una carrera de obstáculos en diagonal hacia el centro de la cancha, gambeteando al contrario que se cruza en su camino.

«Patéala, patéala —grita Aparicio—. Lárgala, lárgala, Leo.»

La abuela sonrío y mira al entrenador con ojos de «ya te lo dije».

Leo no la pateaba.

Pero desde ese día el entrenador no le volvió a sacar de la cancha. «Jugaba como si lo hubiera hecho toda la vida, él contra los otros trece», recordó Salvador años después. Ese año participó en el resto de los partidos del Grandoli, categoría de 1986. Ganó títulos.

Lio no recuerda nada de aquel día. Su abuela le contó mucho después que había marcado dos o tres goles.

\*\*\*

Después de aquel día de sorpresas bajo la mirada sonriente de su abuela Celia, incluso antes de iniciar la escuela primaria, Leo empezó a practicar semanalmente lo que llaman baby fútbol (se juega de los cinco a los doce años y siete contra siete) en el club barrial de su localidad natal, el Grandoli, una institución fundada en febrero de 1980 por un grupo de padres que proporciona formación y competición a los chicos de la zona.



Leo tiene cinco años. Ya contaba, salvando las distancias, con la misma facilidad para el dribling y para el cambio de ritmo que tiene hoy. La misma alegría en la celebración. La misma talla menuda con respecto al resto.

El Piqui coge el balón y busca un hueco, conduce, regatea. Le siguen todos los rivales. Y los suyos. Si por ese lado no puede entrar, sigue con la pelota. Busca la otra banda, a su lado los de su equipo y los otros. Hay que entender que en Argentina se considera vulgar eso de marcar; es mejor lo de enganchar, y también dejar atrás contrarios. Por eso, durante mucho tiempo, muchos pensaron que había poco que corregirle. Volvió a oír pocas veces más lo de «¡lárgala, Leo!». En algún momento, se abre el camino y Leo lanza un balón ajustado al palo, lejos del portero. Gol.

Hay quien dice, para provocar seguramente, que habría que ver si Messi sería capaz de funcionar un miércoles por la noche de un invierno helado y mojado en Stoke, Inglaterra. Tendría que ver los desniveles, las piedrecitas, la escasa iluminación, los pequeños trozos de vidrio del terreno de tierra irregular que fue el primer escenario de su fútbol en equipo, el campo de Grandoli, prestado por la municipalidad para jugar de noche porque de día lo usa una escuela.

Las quince cuadras que separan la casa de los Messi de su primer club las recorrió Lionel del brazo de su abuela desde los dos años, apenas capaz de andar, pero con un balón bajo el brazo. Para ver a Rodrigo y Matías. Luego a Matías. Finalmente, estando en el equipo de chicos un año mayores que él, el paseo se daba para cada entrenamiento, lunes, miércoles y viernes. Y partido los sábados.

«No sé si mi abuela entendía de fútbol, pero era ella la que nos llevaba a jugar. Ella fue mi primer hinchita en los entrenamientos, en los partidos. Sus gritos de ánimo siempre me acompañan», recordó Leo a *Mundo Deportivo* en 2009.

A pie iban Lio y su abuela, de casa a Grandoli y de vuelta. Cuando empezó a ir a la escuela, Celia lo recogía a las cinco de la tarde, tomaban algo y, acompañados de Matías, se iban a entrenar. «La verdad es que fue una etapa muy linda, hemos disfrutado de Lio porque ya pintaba de chiquito lo que era. Después mi abuela falleció, pero todo empezó por ella», dice Matías Messi.

Fue la abuela la que convenció a los padres para que le compraran sus primeros botines de fútbol. La que le quitó miedos no a Leo, sino a los que jugaban contra él, o con él, incluso a los que lo entrenaban.

«Tocarla a Lionel, tocarla al chiquilín. Él sí que mete goles», gritaba. La abuela sí sabía de fútbol.

Poco después se supo que Celia tenía alzhéimer.

A Leo se le fue parte de sí mismo.

Hubo que asumir su muerte anunciada.

Justo antes de cumplir los once años, el 8 de mayo de 1998, se le fue la abuela a Lio. No lo vio jugar en Primera, o en el Barcelona.

«Para todos fue una pérdida muy grande y todos sin excepción sentimos mucho dolor. Sin embargo, aún me emociono recordando a Leo agarrado al ataúd llorando desconsoladamente», rememora la tía Marcela.

«Un golpe terrible», dice Leo. Desde entonces, en la celebración de cada gol, Messi mira al cielo y señala con sus dedos índices hacia allí. «Pienso mucho en ella y le dedico mis goles, querría que estuviera aquí, pero se fue antes de verme triunfar. Eso es lo que más rabia me da», confesó a *Mundo Deportivo*.

«Cuando él estaba haciendo su carrera, siempre me decía que él, por las noches, le hablaba a la abuela y le pedía que lo ayudase —recuerda la madre de Lio e hija de doña Celia—. Es una lástima que hoy no pueda verlo.»

\*\*\*

Lio estuvo en Grandoli de los cinco hasta casi los siete años. En aquel equipo llevaba el diez y su primo Emanuel era el portero. Lo ganaron casi todo y Lionel siempre tenía la pelota.

Salvador Aparicio fue su primer entrenador y en los entrenamientos les hacía trotar, les pedía que se soltaran un poco y pronto incluía el balón. A esas edades, la cosa consistía en jugar y jugar y jugar.

Salvador, Don Apa, como cientos de entrenadores anónimos del país, convenció a docenas de niños del barrio de cuatro a doce años para que dejaran la calle un rato y se pasaran por el Grandoli, donde recuperaban cierto orden y la alegría. Suyos son los vídeos de un Lio desbocado con la camiseta rojiblanca, regateando rivales, buscando el área contraria desde

la suya, marcando y recuperando el balón para dejarlo en el punto central y volver a empezar.

«Hacía seis o siete goles en todos los partidos. Se instalaba en el medio de la cancha y esperaba a que el otro arquero pateara la pelota. Pateaba la pelota, la paraba un compañero, él se la quitaba y salía a gambetear. Era algo sobrenatural. —Así recordó a Lio don Apa en varias entrevistas—. Cuando íbamos a una cancha, la gente se amontonaba para verlo. Cuando agarraba la pelota, la rompía. Era terrible, no lo podían parar. Contra el Club de Amanecer metió uno como los de la publicidad. Me lo recuerdo bien: gambeteó a todos, arquero incluido. ¿Que cómo jugaba? Como ahora, libre. Era un chico serio, se ponía siempre al lado de su abuela, calladito. Nunca protestaba. Si le pegaban, algunas veces lloraba pero se levantaba y seguía corriendo. Cada vez que lo veo jugar me pongo a llorar; cuando vi el gol ese, el de Maradona —el que le marcó al Getafe—, me acuerdo de cuando era chiquito.»

David Treves, que reemplazó a don Apa, es hoy el presidente del Grandoli que muestra orgulloso los trofeos del club y las fotos de equipo. Messi es el pequeñín al que le queda la camiseta grande. «Era muy raro que un niño de su edad hiciera todo eso, marcharse con tanta facilidad de los rivales —afirma Treves—. Se decía que teníamos al siguiente Maradona y, cuando jugaba, personas que ni siquiera estaban conectadas con el club venían, todo el vecindario quería ver el partido. Su equipo fue campeón de todo. El mejor jugador de fútbol del mundo comenzó aquí y su primera camiseta fue la nuestra.»

«Él agarraba la pelota y la jugada terminaba en gol. Marcaba la diferencia aunque le pegaran. Acá es así: si sos chiquito y jugás bien, te rompen todo.» Así lo recuerda Gonzalo Díaz, quien jugó con Lio todo el tiempo que estuvo en el Grandoli. Y que lo ganó todo, pues.

«Acá hay muchos que se destacan. Vi a varios que podrían haber sido como Messi, pero no tuvieron constancia para entrenar», declara Gonzalo Díaz.

Ah, la constancia. Sin eso, lo de ser futbolista no sale.

\*\*\*

Jorge Messi, el padre de Leo, también soñó con ser futbolista. Pero a la edad en la que los jugadores empiezan a despuntar, cuando se comienza a llamar a la puerta del primer equipo (en su caso, el NOB, donde jugaba desde los trece años), Jorge se fue al servicio militar y, al volver, se casó. A la edad en que los futbolistas alcanzan su plenitud, sobre los veintinueve años, tuvo a Leo.

Jorge siempre tuvo claras bastantes cosas y las expone, más con los hechos que con las palabras: para llegar a donde se quiera llegar hay que trabajar duro, hay que ser persistente, hay que ser humilde. Quizá por eso Leo idolatra el trabajo y no el mito, no se deja deslumbrar por las luces de neón de los grandes nombres.

Lio, como sus hermanos, soñó con emular a su padre exfutbolista, buen centrocampista al que el pequeño iba a ver cuando jugaba encuentros con sus compañeros de la fábrica Acindar. Entendedor de fútbol, un deporte que le apasiona. Los Messi acudían todos los fines de semana a Grandoli a ver jugar a Matías y a Lionel, y un día un directivo le propuso a Jorge que se hiciera cargo del equipo de niños de la categoría de 1987. Se convirtió así en el segundo entrenador de Lio. «Formábamos parte de la Liga Alfi, una de las muchas competiciones independientes que se disputan en Rosario y en toda su municipalidad. Había distintas categorías, hasta los doce años, y los niños jugaban siempre en cancha de siete», recuerda Jorge en el libro de Toni Frieros *Leo Messi. El tesoro del Barça*.

Practicaba tres veces por semana con sencillos ejercicios de trabajo individual, siempre con pelota para mejorar la técnica, y algún ejercicio táctico que los chicos asimilaban a toda velocidad, pequeñas esponjas que seguían, encantadas, las instrucciones de Jorge. Lio no hizo nunca trabajo específico, nunca se pasaba las tardes dándole con la derecha o regateando piedras con su pierna mala. Tampoco nunca se lo pidió su padre. Simplemente jugaba y Jorge intentaba respetar ese espíritu en los entrenamientos semanales.

Era 1994, Lio tenía seis años.

El equipo de Jorge Messi no perdió nunca en su único año de entrenador: «Ganamos la Liga y todos los torneos que disputamos, así como los amistosos. Quizá esté feo decirlo, pero ese equipo causaba sensación por el nivel tan alto que tenía y, en él, Lio brillaba con luz propia», contó a la prensa argentina. «En ese equipo no digo todo, pero prácticamente todo

lo bueno lo hacía él: los goles, las situaciones peligrosas; quien marcó la diferencia fue él, quien sobresalió también fue él. Bueno, soy el padre, es mi hijo, pero no lo digo por eso, sino porque fue así», manifestó a la revista alemana *Kicker*.

El periodista aborda a continuación un asunto tremendamente fascinante: «Lionel futbolista, ¿a quién le hacía más caso, al entrenador Jorge Messi o al padre?». Jorge contesta: «Siempre fue muy ordenado en jugar, siempre cumplía y hacía lo que uno le pedía. Siempre fue de hacerme caso a lo que le dije como entrenador. Incluso hoy día él es así. O cuando Frank Rijkaard en el Barça lo puso por la derecha. Siempre cumplía con lo que le pedía un entrenador, siempre jugaba ahí donde le pidió el entrenador, no importaba quien fuese. Y nunca se quejó en este sentido. Siempre fue así».

«En la vida hay misión, visión y valores, los tres elementos», afirma la prestigiosa psicóloga deportiva Liliana Grabin. La herencia de un padre es el modo en que recorre el camino, la transmisión de valores. Leo lleva a cuestas la fuerte personalidad de su madre y la serenidad de su padre: el yin y el yang. También le impartió la humildad, el sacrificio y la tenacidad.

Los hijos son, en parte, la consecuencia de la mirada y de la visión de los padres. Jorge dijo en una ocasión que oír corear su nombre es lo mejor que le puede pasar a un ser humano. Si ése es su sueño, eso se transmite. Jorge poseía una visión. Cuando vio jugar a Leo y entendió que tenía talento, la mirada era la de un padre orgulloso que destacó a su hijo entre iguales. Y el hijo quiere complacer al padre, busca constantemente seguir complaciéndolo. La visión, la mirada. Todo ello marca el pasaje. Jorge puso luz en el mismo: tú puedes ser futbolista.

Después, el padre ayudó a Leo a recorrer el camino, desde su faceta de entrenador, de consejero, de mánager incluso. Lo elogió poco entre tanto elogio universal, le dio perspectiva. Y cuando fue necesario, le corrigió a partir de los valores que considera ideales. En algún momento lo mantuvo en la tierra, cuando el éxito lo confundió.

Jorge, pues, ha sido desde el principio padre, guía, espejo, mentor, contrapeso, su héroe. El hombre al que hay que seguir, y contra quien, en algún momento, hay que rebelarse, pero al que hay que reconocer como compañero de camino. En quien Leo depositó una confianza absoluta, una fe inquebrantable.

Fue Jorge el que decidió que se había llegado al final del camino del Grandoli. Toda la familia iba a ver los partidos de Matías y de Leo, pero en una ocasión no pudo pagar los dos pesos de la entrada. Pidió que, por esa vez, le dejaran pasar. Le contestaron que no.

Leo jugó esa tarde, pero no volvió a vestir aquella camiseta.

\*\*\*

Habla la profesora Mónica Dómina. Tuvo a Leo en su clase del colegio de Las Heras de los seis a los ocho años, de primero a cuarto grado de primaria.

«Generalmente, Lio se sentaba en los primeros bancos de la clase, era muy reservado, callado, le costaba participar en clase, hacía sus trabajos pero no revolucionaba el grado. Le iba bien, hacía los trabajos para aprobar las materias y lo entregaba todo justo a tiempo.

»Pero la primera imagen de él es jugando con la pelota en el patio, con la pelota desde muy atrás, haciendo esas gambetitas. Aunque no siempre tenían pelota, y a veces la fabricaban con lo que podían, ya sea medias que habían atado hechas una bolita, o bolsas de nailon o boligoma, que es una plasticola para pegar. Con lo que encontraban, jugaban en el patio.

»Todos los amigos le tenían como un príncipe, eligieron ponerlo a él en el centro de la foto de clase, lo amaban todos. Lo esperaban, lo abrazaban, “¡vamos a jugar!”. Lo admiraban porque él brillaba. Corría de un lado a otro con el balón y nadie se lo arrebatava; era una pulga, un muñeco de juguetería; disfrutaba y hacía disfrutar.

»Jugaba con la pelotita entre clase y clase. Antes eran todas las clases así: cuarenta minutos, un recreo, cuarenta minutos, un recreo. Ellos jugaban en ese recreo de quince minutos. Eran como minipartidos, a lo mejor hacían un tiempo y, en el otro recreo, hacían el otro.

»Cuando la mamá venía con todos los trofeos y se paraba en la puerta del salón, orgullosa como todas las madres estarían, él no quería que la madre pasara, no quería contar lo que él hacía. O sea, que de muy chico él no quiso mostrar esta cuestión, porque él jugaba porque le gustaba jugar, tenía pasión, como es ahora... No va a demostrar que él es el mejor porque lo lleva adentro. Él siempre quiso que se lo tratara como uno más, no quería magnificaciones. Y ahora es igual.»

No tenía que caminar mucho el pequeño Lionel para llegar a su escuela, la número 66 de Las Heras. Apenas poner un pie en la calle, con la pelota pegada a sus pies, caminaba con ella hasta el muro que encierra los terrenos del exbatallón 121 y cruzaba las canchas (o las rodeaba un poco) para desembocar en pocos minutos en Buenos Aires, justo cuando la larga avenida se encuentra con la plaza Juan Hernández. Lo más valioso no es el edificio, sino la cultura escolar que desprende. Cuando el niño entra, ya sabe de los modos y valores que debe aprender o mantener dentro: la pertenencia al barrio, el esfuerzo colectivo, capacitarse. Una buena escuela pública.

El patio al que daban las aulas, con un arco enmarcando la entrada y un árbol justo en el centro, era tan pequeño que, apenas, alcanzaba para practicar jueguitos o jugar a una portería. Por eso los niños preferían explayarse en una zona que hoy es de usos múltiples.

«Algo que recuerdo mucho y que me causa mucha gracia hasta el día de hoy es que todos corrían detrás de la pelota y nadie lo alcanzaba; entonces venían a protestarme, a decirme “¡seño, no nos presta la pelota!” —habla Diana Torreto, que tuvo de alumno a un Lio de seis años—. Era un nene muy alegre. Introverso, pero alegre. Con una familia muy presente, que siempre preguntaba las cosas que hacía en la escuela porque en la casa era bastante travieso, así que la mamá preguntaba cómo era aquí.»

Estaba, pues, el Leo con la pelota, el Leo en la casa y el Leo en la escuela. Un Leo dentro del aula y un Leo fuera, libre, en el patio, compitiendo.

Leo jugaba muy bien al balón y eso atraía a la gente, le ayudaba a ser respetado, querido, necesitado, protegido. Era pequeño y era consciente de ello, pero el resto del patio ignoró esa diferencia porque no dejaba de impresionar al que jugaba a su lado, al que le miraba mientras jugaba. A todos, en definitiva. Había peleas para estar en su equipo porque con él se ganaba seguro. Y los partidos del patio era mejor ganarlos, porque sino se arrastraba la derrota todo el día. Incluso, cuando faltaban chicos en otros grados, lo invitaban para que les ayudara a ser campeones. Y Leo cumplía, lideraba, como ahora: por hechos más que por palabras.

Pero el fútbol no podía serlo todo, y la lucha diaria de los maestros era por desenganchar a Leo del partido. Y por alejarlo del balón.

«¿Hoy las profesoras citan a Messi como ejemplo de...?»

La pregunta está dirigida a Cristina Castañeira, exdirectora del colegio de Las Heras que no conoció a Leo, y que ve el fenómeno desde cierta distancia.

—No lo sé..., casi todos los que vienen a esta escuela a estudiar saben que estuvo aquí. Ahora que estoy yo, vamos a ver si hacemos un rincón de Messi, con todos los recortes... No hay nada en ningún lado.

Al salir de clase, a eso de las cinco, esperaba la abuela Celia o la madre, quienes, después de tomar algo, acompañaban a Leo y a Matías a entrenar.

Si no había entrenamiento, el chico se juntaba para jugar con unos amigos. «Cortábamos los alambres [que rodeaban el viejo cuartel] para poder jugar, y cada dos por tres un militar nos sacaba corriendo, porque no podíamos estar ahí dentro —recuerda el vecino Walter Barrera—. Pero es que ese campo era perfecto para jugar al fútbol, porque tenía un pasto impresionante que no lo pisaba nadie y se jugaba bárbaro. A veces nos sorprendían jugando a la pelota y nos llevaban para allá dentro, porque tienen un calabozo. Pero no pasaba nada, pues te llevaban y luego te sacaban por la otra puerta; más que nada, para asustar.»

Leo es benefactor de la escuela de Las Heras: en la pasada década donó el equivalente a dos años de presupuesto. En 2005, una maestra cuyo hijo había jugado con él al fútbol aprovechó el contacto para invitarlo al aniversario del colegio. Y Leo acudió. No era tan conocido como ahora, pero revolucionó el día. Y una tarde, en el turno vespertino, dos años después, volvió a pasarse para ver a su primo Bruno Biancucchi. Llegó de sorpresa, con la cabeza gacha, escondido tras la presencia de la madre de Bruno, su tía Marcela: se moría de la vergüenza.

Pero, de repente, algo se disparó en su cabeza. Comenzó a conectarse con los otros niños, a conversar. Recorrió las aulas, repartió besos y autógrafos y se dejó fotografiar. Tres horas en las que alumnos y padres compartieron un rato memorable.

Un chico de no más de cinco años le dijo a un amiguito de más o menos la misma estatura y edad, con parecidos pantaloncitos cortos y la misma batita: «Pellízcame».

Leo empezó la secundaria con trece años en el Juan Mantovani, avenida Uruburu 549, también cerca de casa, pero a los cuatro meses lo dejó: estaba pensando en marchar del país. En el Mantovani ya no estaba su inseparable Cintia; hasta el escenario más cotidiano empezaba a cambiar.